



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ACTRICES DRAMÁTICAS
ANTONIA CONTRERAS



Si el talento, en buena lid
la dió glorias verdaderas,
¿por qué no está la Contreras
en la escena de Madrid?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La niña, por José Estremera.—Diálogos, por Eduardo Navarro González.—A mi padre en su cumpleaños, por José Jackson Veyán.—La electricidad, por Francisco Flores García.—El río, por Luis de Ansoarena.—Malas lenguas, por Sinesio Delgado.—¿Esse tenemos?, por Eduardo de Bustamante.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Antonia Contreras.—Viajes extraordinarios.—Cante jondo, por Cila.



Comenzamos a escribir nuestra crónica semanal arrullados por el ruido cadencioso de la lluvia.

¡Ya era tiempo! Los chicos que poseen ropa de abrigo empezaban a impacientarse, porque no hay cosa más cruel para un joven aficionado al brillo personal, que tener en el armario un buen terno de moda, y no poder lucirle.

En cambio, la aparición del invierno viene a preocupar a muchos padres de familia, que se ven en la obligación de arropar a los seres queridos y no cuentan con bastantes recursos.

Los conflictos se suceden sin interrupción, y cuando el esposo vuelve de la oficina es saludado por su cónyuge con estas terribles palabras:

—Lucio: mamá anda desnuda.

—¿Cómo? ¡Una señora de su edad y permitirse esos excesos delante de los niños!—replica él, todo indignado.

—Quiero decirte que necesita abrigo. Ya sabes que la pobre padece; hoy se levantó con una pantorrilla lo mismo que una bota.

—Bueno, pues que le den unas friegas.

—¡Ay, Lucio! No era eso lo que la decías cuando entraste en casa por primera vez, y ella se oponía a nuestras relaciones. ¡Acuérdate de cuando tú mismo le pusiste las sanguijuelas y le untabas la nariz con sebo perfumado, para provocar la destilación... ¡Ay, mamá de mi alma! ¡Qué pago recibes de este infame!

—Basta de conversación, y que saquen la sopa.

—Eso es lo único que te preocupa: la comida. Bien me decía todo el mundo, antes de casarme, que eras un vicioso.

—¿Te quieres callar?

—Ves a mi pobre madre desnuda de todo, mientras tú llevas a diario un gabán de nueve duros y medio.

La cuestión se va agriando poco a poco, hasta que aparece en el comedor la suegra, envuelta en unos trapos, y comienza a rabiarse y a maldecir su destino. Entonces el yerno monta en cólera y rompe la tapa de la salsera y dos platos soperos; lloran los niños y se agarran a la abuelita, que a pesar de la majestad que la dan los años, parece una merluza flaca.

—Este hombre es un verdugo—dice ella.

—¿Por qué me habré casado con este asesino?—grita la esposa.

El no puede tolerar tantos insultos y se pone a comer la sopa con desesperación; después se traga un pedazo de pan, de golpe, y sale a la calle, diciendo para sus adentros.

—Yo era libre como el aire; yo tenía mi media docena de camisas en el baúl y mi reloj de plata y mi traje negro y mis buenos botones de *double* fino para la pechera... en fin, todo cuanto puede necesitar un hombre joven de familia decente... ¿Qué tengo hoy? ¡Nada! ¿Por qué? ¿Por haberme casado con ese demonio! ¡Ay, Lucio, Lucio! ¿De dónde vas a sacar el dinero para cubrir las carnes de tu familia?

Esta misma pregunta se hacen en estos momentos cuarenta mil padres más o menos menesterosos, que ven a sus hijos envueltos en sus sudarios de verano y no saben qué resolución adoptar.

Al fin y al cabo, el que no tiene más que un hijo puede

resolver el problema con facilidad, porque coje un pantalón viejo y dice a la mamá del vástago único:

—Ahí tienes eso; a ver si puedes sacar un traje para Camilín.

La mamá coje el pantalón y lo destroza; después junta los pedazos y corta una chaquetita y un pantalón, para cubrir con ellos las formas del niño.

—¡Caramba! Te ha salido muy bien—dice el papá lleno de júbilo, contemplando el traje casero.

La esposa se regocija, porque siente halagada su vanidad, y el niño sale a la calle al día siguiente hecho un adfesio.

—¡Hombre!—dicen los parientes, con cierta indignación de familia.—Ese chico nos deshonra.

—¿Por qué?—pregunta el padre.

—Porque le habéis vestido de mono húngaro.

—¿Cómo?

—Se parece a esos cuadrumanos que tocan la pandero-ta, en compañía de unos osos bohemios.

Los papás comprenden que el niño pierde una gran parte de su belleza con aquella ropa anciana, hecha en el domicilio conyugal, y acuerdan retirarla de la circulación.

—Lo mejor será que aprovechemos la tela para hacerle una gorrita cómoda; con el resto *confeccionemos* un redondel para debajo de la lámpara—dice el papá del muchacho.

El traje desaparece bajo la acertada dirección de la esposa, y el niño vuelve a quedar en paños menores, hasta que los papás resuelven llevarle a la calle de Toledo, donde por una corta suma le compran un gabán hermosísimo, que parece una sotana.

—Vete hacia aquel rincón, hijo mío, para ver si está redondo por abajo—dice la madre.

El niño, que no puede moverse bajo aquel enorme peso, recorre la tienda con dificultad y suda la gota gorda.

—Perfectamente—exclama el padre.

—¿No le parece a V. que le sobra una mijajita?—advierte el tendero.

—¡Quiá! Tiene V. que hacerse cargo de que el niño está creciendo—replica la mamá.

Y, entretanto, la desgraciada criatura se limpia el sudor con la manga y dice apoyándose en la puerta:

—Mamá; parece que todo da vueltas a mi alrededor.

—Es porque no tienes costumbre de andar arropado—responde el padre.—Lo mismo me pasaba a mí cuando estrené este chaleco de Bayona que llevo puesto.

Ante estas razones poderosas, el chico calla, pero suda, y en cuanto se ve en el domicilio coje el gabán y lo tira sobre la cama, haciendo exclamar al indignado padre:

—¿Es así como pagas nuestros sacrificios? Coje ese gabán y sacúdele, grandísimo ingrato, que te va a castigar Dios, porque no sabes estimar las comodidades que te concede por nuestro conducto.

¡Pobrecitos niños!

Más de una vez nos hemos parado a contemplarlos, cuando los veíamos agobiados por el peso de unos trajecitos hechos en casa y que más parecían de zinc que de lana dulce.

—Adiós, Pepito, ¿vienes de la escuela?

—Sí, señor.

—¿Por qué llevas torcido el pescuezo? ¿Tienes algún grano?

—Tengo dolorido todo el cuerpo.

—¿De algún golpe?

—No, señor; del traje.

Hay niños que no se desarrollan, y consiste en las chaquetas *construidas* por las mamás hacendosas, una de las cuales nos decía con la mayor naturalidad del mundo:

—Gracias a la Divina Providencia, he nacido con disposición bastante para vestir a todos mis hijos. Yo les hago siempre los trajes; y eso que ya debía estar escarmentada, porque al mayorcito le maté sin querer.

—¿De algún tijeretazo?

—No, señor, murió ahogado debajo de una chaqueta.

LUIS TABOADA.

LA NINFA

I
Margarita amó á Fernando:
Fernando era un seductor
que, al fin, siguiendo sus mañas,
por otra la abandonó.
La niña, que su ventura
fundaba en aquel amor,
sintióse morir de pena
y de desesperación.
En vano su tierna madre
mil veces la preguntó,
queriendo enjugar su llanto,
la causa de su dolor.
—Yo quiero la muerte, madre.
—Hija mía, piensa en Dios.
—Pienso que ya me abandona:
la muerte es mi salvación.

II
La noche su negro manto
por el espacio tendió,
y en la alta torre sonaba
el toque de la oración.
La luna, á quien nada importa
ver el humano dolor,
entre las nubes brillando
su triste faz asomó.
Y vió á la niña temblando
sin aliento y sin color,
á la orilla del torrente
que se despeña veloz.
—Sí, sí; morir es preciso.
Aguas, con vosotras voy:

abógadme pronto, y conmigo
ahogad por siempre mi amor.
De pronto, de las espumas
blanca neblina surgió,
y cual si de ellas saliera
—detente!—dijo una voz.
—Sé tu dolor, Margarita,
y comprendo tu aficción,
que soy una ninfa vieja
y sé de achaques de amor.
No hay lenitivo á tu pena,
hace tiempo lo sé yo,
y morir para calmarla
es el remedio mejor;
pero nada lograrías
dándote la muerte hoy,
pues seguirías, aun muerta,
en tu desesperación.
Llora un mes tu desventura;
vuelve luego, y yo te doy
palabra de que en mis aguas
acabará tu dolor.

III
Pensó seguir el consejo
de la misteriosa voz
Margarita, y... volvió á casa
con idéntica aficción.

IV
Después de esto, como suele,
corría el tiempo veloz;
pasó un mes y... Margarita
al torrente no volvió.

JOSÉ ESTREMEIRA.

DIÁLOGOS

—Lo dicho; estoy decidido
á romper nuestro consorcio...
—¿Pero...
—¿Pidiendo el divorcio!
—Por Dios...
—Estoy aburrido.
Tengo una esposa intratable...
—¿Es hija mía!...
—¡Es horrible!
—Tolérela usted...
—¿Imposible...
—¿Yerno!
—¿Si es insoportable...
Tonta, estúpida, nerviosa...
no brilla por lo discreta...
—Y eso, ¿qué tiene...?
—¿Y nada más?
—¿Y celosa!
—Eso no es nada.
—¿Que no?
—Venir á decirme á mí...!
—¿Pero hombre, no siendo así
se la hubiera dado yo?

II
—Vivo á Elena encadenado,
y de tal modo me hechiza
que, loco y enamorado,
aunque sé que me esclaviza
no me aparto de su lado.
—Dáme diez duros, si no
hoy refírmos—dijo Elena.
—¿Tenías...?
—¿Diez duros yo...?
—¿Y rompiste la cadena...?
—¿La empuñé con el reloj!

III
—¿Ya tenemos el verano
encima! ¿Qué calorcito!
—¿Ya, ya!
—Pasarlo en Madrid,
la verdad, no es divertido;
además á mí me gusta
cambiar de aires.
—Señor mío,

á mí también; sólo eso
me distrae...
—No concibo,
quedándose usted en la corte,
cómo logra su designio.
¿Porque V. no sale!
—¿Nuaca!
—No lo entiendo.
—Es muy sencillo.
—¿Cómo muda V. de aires?
—¿Yo? Tocando un organillo.
IV
—¿Hermosa Venus!
—¿Si es bella!
—¿Buen dibujo!
—Y buen color.
—Tiene un aire de candor...
—¿Y cuánto piden por ella?
—Treinta duros.
—¿Voto á tall!
—¿Es un cuadro de los buenos!
—¿Si por veinticinco menos
tengo yo el original!

V
Isabel, según murmuran,
no es fiel á su esposo Andrés,
y todo el mundo lo sabe,
como siempre, menos él.
Creyéndola enferma un día,
con sólido interés,
corrió en busca del doctor
el marido.—Mi mujer—
le dijo— está delicada.
Ven á verla.
—¿Si que irá.
¿Y qué tiene...?

—Lo de siempre.
No me gusta nada.
—¿Pues...?
—¿Tiene una debilidad!
—¿Debilidad! ¿Y por quién?

E. NAVARRO GONZALVO.

Á MI PADRE EN SU CUMPLEAÑOS

Hoy cumples sesenta y tres,
pero tu género inglés
no pierda, y yo me alborozo.
¡Estás hecho un guapo mozo,
amigo Jackson Cortés!

Según lo fuerte que estás
á los ciento llegarás.
A otros los años les pesan,
pero á tí, al pasar, te besan
carinosos nada más.

El que tan ágil te vió
por mi hermano te tomó.
Tu brazo no está convulso,
y aún logras llevarme el pulso
y hasta corres más que yo.

De ello no me he de quejar,
antes me gusta hacer gala.
A fuerza de suplicar
logré al tiempo sobornar,
como dijo el buen Ayala.

Ablandando sus desvíos
y sentimientos impíos
con el interés le arguyo,
porque por cada año tuyo
le ofrezco tres de los míos.

Mi edad con tu edad madura
se irán así compensando:
Morir juntos... ¡Qué ventura!
y seguir colaborando
en la misma sepultura.

De esos detalles postreros
no hablo más; nada de horrores,
pues con rostros lastimeros
Amalia y mamá Dolores
están haciendo puchereros.

¿Tristezas?... No hay para qué.
Sigamos llenos de fe
discutiendo bufonadas,
como buenos camaradas
juntos tomando café.

Sobre los planes mejores
busquemos nuevas ideas,
y tengamos, sin furoros,
las naturales peleas,
de los colaboradores.

Que bulla el cerebro inquieto:
no haya un minuto de sobra,
y pronto, yo te prometo,
se estrenará alguna obra
del padre, el hijo y el nieto.

¡Ocho nietos tienes ya!...
Que cosecha tan hermosa!
Para algo el cielo los da.
¡Alguno de ellos irá
á rezar en nuestra fosa!

De tí un alma recibí
y ocho suspiran por tí.
¡Llegad, ángeles del cielo!...
¡Hijos de mi vida, aquí,
á darle un beso al abuelo!

En esa fuerza ligera
nuestro apellido se escuda.
Cuando nuestro esfuerzo muera
sostendrá nuestra bandera
toda esa tropa menuda.

¡En correcta formación
el pequeño batallón!...
¡Viva el viejo coronel,
jefe de la guarnición
de nuestra casa-cuartel!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

LA ELECTRICIDAD

Todo tiene sus inconvenientes y sus ventajas.
En esto estamos de acuerdo todos los pensadores.
Esto sentado, entro resueltamente á ocuparme en la cuestión del alumbrado eléctrico en los teatros de Madrid.

Que la cuestión es clara como la luz nadie lo pondrá en duda... por más que hasta el presente algunos empresarios no ven claro el asunto.

Pasemos por alto si el Gobierno tiene ó no tiene derecho para mandar que en los teatros se realice esa reforma (la del alumbrado eléctrico) sin tener en cuenta que esos establecimientos funcionaban al amparo de una ley y de unos reconocimientos periclales.

Y digo que pasemos por alto el abuso—si le hay—en gracia de la intención.

La intención del Gobierno, en esto del alumbrado, no puede ser más noble. Trata de garantir, de asegurar, mejor dicho, la vida de los espectadores, y la vida es anterior y superior al derecho de propiedad.

Demás de esto, y entrando en otro orden de consideraciones, el Gobierno es amigo del progreso, y la luz eléctrica es un progreso evidéntísimo sobre la luz del gas. Los hombres del Gobierno tienen buen gusto y ven con satisfacción que los teatros están mucho más bonitos con este alumbrado que con el otro.

Luego si se asegura la vida de los espectadores y los teatros de la corte ganan en diaphanidad y belleza, ¿por qué no se han de exigir esas reformas, sobre todo no costándole el dinero á los señores Ministros?

Quedemos, si VV. quieren, en que la medida está bien tomada y en que son muchas y muy grandes las ventajas del alumbrado eléctrico.

Pero ¡ay! no hay dicha completa en este pícaro mundo, ni obra humana que no tenga sus defectillos... aunque sea la obra del Gobierno.

El alumbrado eléctrico en los teatros ha venido á perturbar hondamente á muchas simpáticas espectadoras, dignas de toda consideración y aprecio.

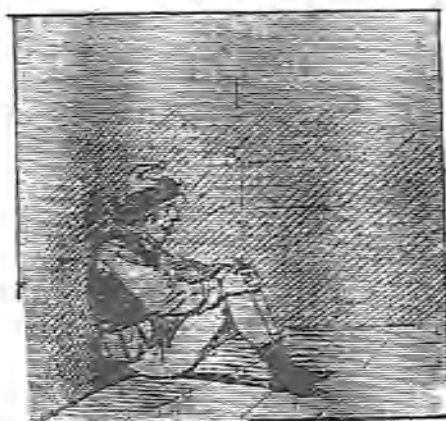
Merecen figurar en primer término las señoritas *curvís*, esas heroínas que, careciendo de los recursos necesarios para vestir con lujo y á la última moda, se *ingenian* de tal modo que con cuatro trapitos bien arreglados, tejidos con esmero y cepillados con palmitud, dan *la cartón* á cualquiera.

Es decir, daban *la cartón* á la *dehida* luz del gas, en aquellos teatros donde á la *dehida* de la luz se unía el espíritu *convencido* del empresario.

Aquello de que «de noche todos los gatos son pardos» se cumplía perfectamente en los teatros con la luz del gas.

Es decir, no eran pardos todos los gatos, pero podían pasar por nuestros

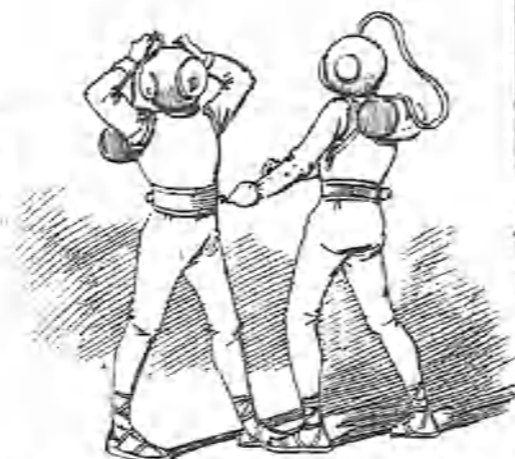
VIAJES EXTRAORDINARIOS



No sé cuánto tiempo permanecí en esta manera.



Hasta que vi aparecer una sombra extraña. Era un buzo que reconocía los restos de la embarcación.



Y que al verme huyó apresuradamente para volver á poco rato con otra escafandra. ¡Estaba salvado!



Apenas empezamos á trepar por la cuerda.



Apareció un pulpo enorme, que aprisionando á mi compañero le arrebató en un decir Jesús.



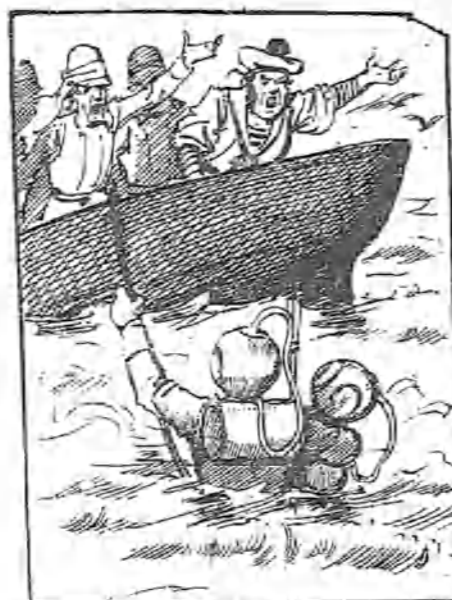
Yo no debía desamparar al que me había librado de la muerte, y eché á correr detrás del pulpo.



Procurando asegurar el golpe, le atravesé la cabeza con el lápiz.



Cargué con el desgraciado y empecé la difícilísima ascensión.



Cuando llegué á la lancha me recibieron con un jharra! cariñoso.



Los explotadores pertenecían á la dotación de un cañonero inglés.



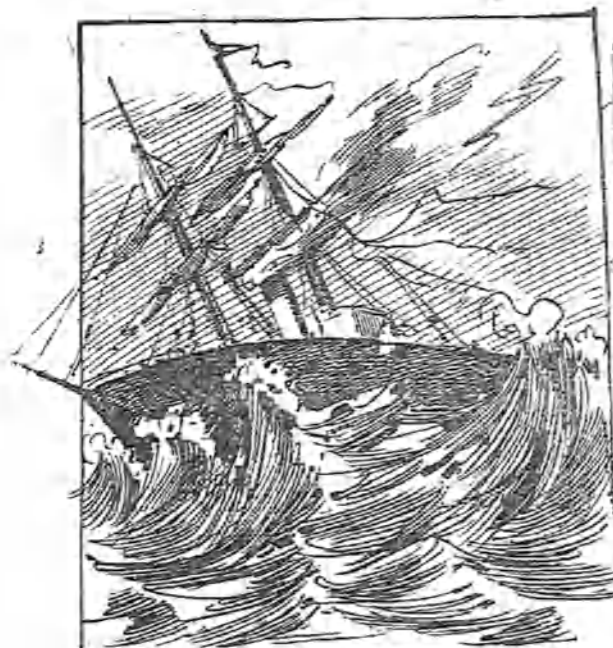
que conducía tropas á la República de Transvaal, para ejercer paternalmente el protectorado.



Á los ocho días de marcha el calor se hizo insuportable. Nos acercábamos á la línea ecuatorial.



Y había que ver entonces á las tropas de refresco.



Al atravesar el golfo de Guinea, la corriente ecuatorial empezó á hacer bailar el barco, y para remate de fiesta se echó encima la tempestad con todos sus horrores.



La cosa se puso tan seria, que yo tuve á bien encomendarme á la Virgen de la Paloma y adoptar todo género de presunciones.



La tropa y la marinería se aplicaron al ron y á la ginebra por lo que pudieron tronar.



Y á nadie le importaron un pito los elementos.



Por fin de tantas tribulaciones desembarcamos en El Cabo.



Mi primer empujado fué adoptar un traje á propósito para no desentonar en la expedición.



Y el segundo dedicar un respetuoso recuerdo á los heroicos propagadores de la civilización en África: Richardson, Barth, Koolfs, Caillié, Burdon, Serpa Pinto, Capello, Ivens, Brazza, Livingstone, Stanley... (Esto es erudición parranda).

los trajes que no lo eran... con un poquito de cuidado y gastando alguna *henciña*, ó dando á ganar algunos reales al tintorero *Pellico*.

Ese estado de *cosas* pasó para no volver.

La luz eléctrica es franca, descarada y no admite aquellos engaños tan lícitos ni aquellas supercherías tan provechosas. Ni el más disimulado zurdido escapa á su insultante claridad.

Día de regocijo (para ellas) fué aquél en que las señoritas *cursis* oyeron decir que un teatro se iba á alumbrar con aceite de oliva ó con bujías. Para desgracia de este simpático *gremio* (y de los empresarios), la noticia no se confirmó... y andan, según mis noticias, ideando el medio de burlar la nueva luz como burlaron la antigua.

Porque, renunciar al espectáculo teatral... eso, nunca. Ni pueden ni de ben... aunque tengan que *deber* algo.

También ha venido á sacar de sus casillas el nuevo alumbrado á las señoras que se *pintan... solas*.

Ellas *manejaban* el color— como artistas consumadas— con arreglo á la luz en que habían de mostrarse.

Cambiada ésta (la luz), cambia también la perspectiva, y, la que estaba muy bien, por ejemplo, con el *blanco cera* de Matilde Díez, parece ahora un cadáver en depósito (ó por depositar).

La reforma del alumbrado traerá, pues, como lógica consecuencia, una reforma *química*.

El arte del tocador habrá de tomar nuevos derroteros, y es de creer que, con ingenio y buena voluntad, al fin se encontrará la solución (ó la *disolución*) apetecida.

Porque renunciar *ellas* á la pintura... ¡eso, nunca!... ¡antes morir!

El gremio de maridos encuentra también en la electricidad motivo perenne de disgustos.

Las señoras nerviosas tienen ahora un motivo diario, ó más bien un pretexto, para desmayarse.

Antes tenían que aguardar una tormenta y que á favor de la misma la atmósfera se cargase de electricidad.

Hoy tienen la electricidad á su disposición durante tres ó cuatro horas y, por más que la electricidad está encerrada en las lámparas, ellas (las señoras), sostienen y parecen que salen del teatro cargadas como un *acumulador* ó una *pila voltaica*.

Don León se presentó ayer en su oficina con el carrillo izquierdo hinchado.

—¿Qué es eso? ¿Le duelen á V. las muelas?—preguntóle un compañero.

—No señor—replicó D. León;—*esto* es efecto de la electricidad. Anoche, después de la función, mi mujer estaba *cargada*; la dió el accidente, quise sujetarla, y, sin conciencia, por supuesto, de lo que hacía, me aplicó una tremenda bofetada.

El pobre D. León prefiere llevar una bofetada de vez en cuando á morir achicharrado, como hubiera muerto, sin duda, al continuar el alumbrado antiguo.

Sobre todo, D. León es uno de los pocos españoles que no le hacen la oposición al Gobierno, y acepta las reformas... y las bofetadas, con heroica resignación.

El ramo de novios es quizá el que ha recibido con mayor júbilo la reforma objeto de estas líneas.

El siguiente diálogo, oído á dos madres recientemente, dará idea aproximada de esta actitud de los novios:

MADRE 1.^a—Desde la instalación del alumbrado eléctrico, se ha desarrollado la afición teatral de mi futuro yerno. Nos lleva al teatro casi todas las noches.

MADRE 2.^a—Lo propio acontece con mi yerno futuro.

MADRE 1.^a—Y he observado que mi futuro yerno prefiere los teatros en que peor instalada está la luz.

MADRE 2.^a—Exactamente lo mismo que mi yerno futuro.

MADRE 1.^a—Y... ¿qué opina usted de esa predilección?

MADRE 2.^a—(Después de una pausa breve.) Creó que nuestros yernos futuros aspiran á quedarse á oscuras... antes de tiempo.

MADRE 1.^a—Eso es—como se dice vulgarmente—engordar para el matadero; porque...

Al llegar á este punto de su diálogo, las madres bajaron tanto la voz, que no pude oír una palabra más.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

EL RÍO

—Hoy vendrá, como ayer... ¡Cuánto la adoro!...
Podré besar su alabastrina espalda,
y formar con mis gotas la guirnalda
que se entrelace á sus cabellos de oro...

¡Cómo el latido de su sangre anhelo!...
Cuando hacia el mío su semblante inclina,
me parece que el cielo
haja á mi superficie cristalina;
y si, amorosa, hasta mis brazos viene,
con ansia oprimo á esa mujer divina
que ríe, juega, se extremece, y tiene
la vaguedad del cuerpo de la ondina.
¡Cómo me han maldecido
porque me he desbordado
y toda la cosecha se ha perdido;
cuando si he demostrado
tan crueles rigores
no fué por darles susto...
vi un frondoso jardín, y fui á su lado,
pues quise perfumarme entre sus flores
porque ella se bañase más á gusto.
Y así, aun cuando el aviso no les cuadre,
que atiendan el aviso,
pues por darla placer... dejo á mi madre...
y á toda mi familia, si es preciso.

Ya está aquí... Ya me mira... Se desnuda:
su cabello magnífico destrenza...
Se acerca un paso... y se detiene... ¿duda?...
¿es por miedo quizás... ó por vergüenza?...
¿Por qué estará temblando?...
¿Qué teme?... ¡Así!... ¡De prisa!...
¡Los círculos que formo riendo
son giros caprichosos de mi risa!...
¡Y cuál bate esta loca
mi linfa por su roce perturbada...
Como quien no hace nada
me acercaré á su boca...
¿Por qué mi anhelo contener no supe?...
La niña, disgustada,
hace un mohín y escupe...
¡Sin duda mi caricia no le agrada!...
¡Quiere huir!... ¡No se irá!... Ya estoy demente...
La estrecho... Lucha, pero lucha en vano;
no oye lo que la digo, y con la mano
se oprime, al fin, la nacarada frente...
Ya cede al que en sus brazos le aprisiona...
¡Oh, dulce dueño de mi amor, perdona
si esta ansiedad feroz te causa espanto,
mas, quien te quiere tanto,
teniéndote una vez, no te abandona...
¡Pero qué!... ¡no es verdad!... ¡que no! ¡Dios mío!
¿quién con final tan desastroso aciata?...
¡al frío de mi cuerpo se une el frío
de esta infeliz por mi locura muerta!...
¡Todos somos iguales!...
Si acariciar pensamos,
se toman las caricias tan brutales
que al que queremos agradecer... le ahogamos...

LUIS DE ANSORENA.

MALAS LENGUAS

¡Lo que charla esa criada
ó *ayudante*, ó recadera
que tiene mi lavandera
para traer la colada!

Esta mañana, entretanto
que desocupaba el cesto,
se ha soltado y cómo ha puesto
á la vecindad, Dios santo!

—Mire usted ¡estoy más harta!

Si me cae la lotería
voy y dejo á la María
con un hocio de á cuarta.

Porque donde usted la vé
que paice una santurróna
es una mala persona.

—¡Demonio!

—Créalo usted.
¡Siempre tiene algún enredo!
Hoy está pagando el puto
un pícaro del felato
de la Puerta de Toledo

que todas las noches la lleva
lo que coje de comiso
y lo vende, y paga el piso,
y se compra ropa nueva...

Pero ¡ande usted! que no falta
quien diga que la mujer
del del pincho té que ver
con el primero que salta...

Esto no es que yo lo sepa
de cierto ¡pábele así!

pero ha dicho que los vió
el que vive con la Pepa,
la del catorce, que está
separada del marido,
que hace un mes que está metido
con Luisa la *Desgarrá*...

Por cierto que cada tunda
que la atiza la desloma,
porque dicen que ella toma
varas del de la Facunda.

¡Miste que se necesita
valor! ¡Andar con apañíos
un hombre de sesenta años
que no sirve pa maldita
de Dios la cosa!... Es decir,
hace un mes que estubo preso
por robar; conque pa eso
sí que debe de servir.

¡Digo yo! Si aquí no hubiera
quien tapa...

—Bueno, mujer,
y eso qué tiene que ver
con lo de la lavandera?
—Nada.

—Pero como dices
que esperas la lotería
para dejar á María
con un palmo de narices...

—¡Claro! porque ella promete
y no da, y una es un cerro...
—¡Un cerro, y tienes dinero
para comprar un billete!

—¡Ay qué gracia! ¡Yo comprar!
¡Pues si me lo han regalao!

—Carambal! ¿Quién?
—El Mellao.

—¿Tu novio?
—¿Quiusté callar?

—No te enfades, hija mía;
¿será tu marido?

—¡Bien!
¿si ya está casao!

—¿Con quién?
—¡Toma! ¡Pues con la María!

SINESIO DELGADO.

¿ESAS TENEMOS?

Al oírte indignado no ha muchos días
decir de las mujeres mil perrerías,
predicando con frase concisa y dura
cruzada contra el sexo de la hermosura,
—Tal vez llora este chico—pensé al momento—
los altivos rigores de alguna ingrata;—
y hasta compadecíme de tu tormento
y censuré el despegó de la insensata.
Porque sé que hay mujeres de orgullo llenas
que hacen trizas las fibras del sentimiento,
y después de gozarse con nuestras penas
nos echan al arroyo sin miramiento.

Mas cuando luego supe lo irreverente
de tus pérdidas frases emponzoñadas,
te juro que he sentido, por insolente,
no haberte dado al punto dos bofetadas.
¿Conque resulta ahora que á las mujeres
sólo las juzgas buenas para el pecado,
y sin ver el ultraje que las infieres
á pecar las incitas, y las zahieres
cuando al fondo del vicio las has lanzado?
Pues si con tal desgaro las vulgarizas
y haces público alarde de su impureza,
¿de qué, si eres la causa de su vileza,
te escandalizas?

Tal vez formen escuela tus ideales,
que para todo hay mucha gente de sobra,
y llenaréis las horas de cardenales
y os recrearéis gozosos en vuestra obra.
Mas no olvidéis que el hombre, malvado ó necio,
que con ellas emplea tan malas artes,
y mata una por una sus ilusiones
para después hundirlas con su desprecio...
según la gente honrada de todas partes
¡es una vengadora... con pantalones!

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



Copio:

«Dícese que la dueña de la casa donde nació en Sevilla D. Rafael Calvo se niega á que se coloque en ella una lápida conmemorativa hasta tanto que recabe de su confesor la competente autorización.»

¡Anda, salero! ¿qué tendrá que ver el confesor con las tómporas?



Dixit Cánovas:

«Si se sometiera á los trabajadores de Castilla el problema de si habían de entrar trigos extranjeros no entrarían jamás.»

¡Valiente economía política, tencis, hermano!

Los trabajadores castellanos pedirían trigos extranjeros en cuanto tuvieran hambre, y la tendrían en cuanto dejaran de entrar trigos extranjeros. Porque no sé si V. sabrá que con el trigo nacional no hay pan para todos.

Sólo que V. confunde á los trabajadores con los cosecheros. Me parece.



—El queso me sienta mal,
—¿SÍ? ¡Feliz usted!

—¡Por eso!

—¡Claro! Porque eso es señal
de que ha comido usted queso.



Mi colega *Las Ocurrencias* está publicando una colección de autógrafos de personas notables.

Bien.

Y en uno de sus últimos números ha aparecido un soneto de D. J. Romea (supongo que D. Julián, aunque no conozco la composición).

Y yo tengo el gusto de copiar, tal como están escritos, los dos últimos versos:

«*Levantán* hoy los espantados ojos
con torpe miedo á contemplar su *azaño*»

Entendámonos. El autógrafo ése ¿es auténtico?

Si lo es, resulta que el coloso de la escena no andaba muy bien de ortografía, y si nó lo es, el copista le ha *levantado* un falso testimonio.

Hace días que no duermo
ni puedo comer potaje...
¡Me tiene intranquilo el viaje
del Emperador Guillermo!

Se anuncia la próxima apertura del Teatro Español con una función solemne dedicada á la memoria de Calvo, en la cual habrá lectura de poesías!

De las que ya conocemos todos, por supuesto.
¡Pero señor, qué gana de repetir las cosas y de meterse en cursilerías!
¡Y luego hablamos mal de los que leen ovillojos en las tertulias!

Según parece ha obtenido en París un gran éxito un melodrama *judicial* intitulado: *Roger-la-Honte*.

¡Lástima que no esté abierto Novedades, para que pudiéramos verlo traducido inmediatamente!

Aunque, bien mirado, también sirve para la Comedia. Variándole un poco...

Como se habla de crisis
á ciencia cierta,
tienen muchos sujetos
la boca abierta.
¡Los pobrecillos
esperan á que caigan
los panecillos!

Libros:

El convento de Gómara, novela histórica de Santiago Souffrance, versión castellana editada por la Biblioteca de *El Motín*.

De Academia Catilina: Reparos al nuevo Diccionario de la Academia Española, por el bachiller Francisco de Osuna. Segunda edición. Al aparecer la primera elogiosos como se merece este libro, que ha tenido gran resonancia. (No se vende).

Elementos de Contabilidad demostrativa, por D. Bonifacio Ladrón de Guevara. Libro utilísimo. Precio: 1,50 pesetas en las principales librerías.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

I. T. V.—Poca cosa,
y además de poca oscura.
Cid.—¡Olé por la finura!
Sir James Bull.—¡Qué asquerosa!
Donostiarra.—Mande usted
el dibujo y lo veremos,
porque, si es malo, tendremos
que pegarlo en la pared.
J. E.—No está mal hecha
pero es bastante vulgar.
Consejo.—¡Al limbo! A ocupar
los bancos de la derecha.
V. Z.—Es enrevesada,
traida por los cabellos,
y, en fin, parecida á aquellos
pentecrísticos de Estrada.
M. N.—¡Qué dolor!
¿Ya no me va usted á comprar?
¡Pues me va usted á fastidiar!
¡Cómpreme usted, por favor!
V. A. L.—Tiene gracia
pero es un poco incorrecta.
A. Argués.—No hay obra perfecta
ni aun entre la aristocracia!
P. P.—Diga usted á papá
que tiene un niño guasón.
E. de la E.—Pues... no son
ni chicha ni limoná.
Torpe.—Lo ignoraba, pero...
¡hasta que lo digas tú!
Luisito.—¿Vale con vè
¡será algún baile extranjero!
La poesía es mediana.
J. G.—Lo mismo digo.
E. G.—¿Te quedas conmigo?
Pues nó me da á mi la gana.
S. S.—Buen provecho.
Pipo.—¡Cuánta frase hueca!
Chaleca.—Señor *Chaleca*,
es vulgar y está mal hecho.
Alegrotes.—Ni es bonita,
ni correcta, ni graciosa;
pero ¡vea usted qué cosa!
la carta está bien escrita.

Perico.—Usted es buen chico
salvas las incorrecciones.
Cuide sus composiciones
y estudie usted más, Perico.
J. A. B.—¡Por mi vida
que ya la hubiera aceptado
si no hubiera publicado
una cosa parecida!
Jep.—Hablando francamente,
como buenos no son buenos,
pero revelan, al menos,
facilidad evidente.
Polo.—No sé lo que dces.
L. U. T. Rio.—Flojitas.
X.—¡Que te despegitas
siguiendo á las fregatrices!
Lo creo. A la vista salta
que por ir á la plazuela
has descuidado la escuela
cuando te hacía más falta.
B. A.—¿Quién le manda á usted
meterse en esos aprietos?
F. U.—Buenos sonetos.
Usted es Uribarri ¿eh?
U. G.—No es cosa mayor.
C. A. R.—¡Qué formal!
Un gato montés.—¡Muy mal!
Pataita.—Muy... peor.
Uno que molesta poco.—
Tienen tal tono subido,
que cuando los he leído
á poco más me sofoco.
En el índice entran todas
las firmas que me han boarado.
Eastón.—¿Eso está tomado
de una revista de modas?
J. B.—Ya escribiré.
C. O. G.—Pues no interesa
ni tiene punto. No es esa
de las mejores de usted.
Senador.—Si usía quiere
castigar á ese sujeto,
léale usía el soneto
y verá cómo se muere.



En el sementero
la vide yorando
y se me cayeron unas lagrimitas
como dos garbanzos...

ANUNCIOS

Lt. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VISETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peñalver, 4, primer izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.